

Ha elaborado unas ideas. Las vierte en su libro, convertidas en doctrina estética. *Viajes a través del arte universal* tiene calidad de libro didáctico.

Contemplar es un grado de perfección con respecto al simple ver. El espíritu se absorbe en el objeto de su pensamiento. Sólo entonces la realidad entrega su almendra esencial.

Vicente Mengod

<https://doi.org/10.29393/At396-64RBCM10064>

Releyendo *Brave new world*

Podría considerarse un tanto presuntuoso el tentar críticas formales a una obra consagrada, más todavía, si ésta fue publicada hace ya tres décadas. La fama de *Brave new world*¹, de Aldous Huxley, vendría a ser un buen ejemplo de tal imposibilidad. Pero, al mismo tiempo, los treinta años transcurridos permiten otro tipo de licencia, el de una valoración más amplia que la que se suele dar a una obra cuando se la juzga sin esperar a que la tinta se haya secado del todo.

Haciéndonos cargo de esa licencia, vamos a comentar un fenómeno que viene presentándose con regularidad en la literatura actual, especialmente en el género de la llamada novela-ensayo, y que influye en el acto de valorar una obra determinada. El fenómeno aludido ha tomado la forma de una escisión. Vemos entonces cómo la unidad, en numerosas obras de dicho género, se escinde para separarse en dos planos diferentes: en uno queda el contenido ideológico; en otro, la realización estética. Y ambos con calidades, en muchos casos, propias, como si se tratase de dos obras distintas. A veces resulta que el contenido ideológico es de gran calidad y la realización estética de calidad inferior. Y viceversa.

En el caso de *Brave new world*, tal escisión es patente. La novela, si hemos de tomarla como un pretexto del autor para exponer su punto de vista sobre el destino que sufrirá (o gozará) la humanidad, es intachable; Huxley especula y da en el clavo; lo sabemos, porque el contenido ideológico de *Brave new world* no está compuesto de palabras vanas, y podemos percibir a través de ellas un pensamiento bien cimentado. Pero como novela en sí, haciendo abstracción de las ideas que sustenta Huxley, o sea, como realización estética, ofrece ciertos reparos, a nuestro modo de ver, fundamentales, ya que notamos trizaduras en el plano de la pura ficción.

Las novelas de anticipación suelen limitarse a describir los efectos de la ciencia sobre el ser humano. En *Brave new world*, Huxley intenta ir un poco más lejos. Desarrolla algunos de los problemas que, en la década que siguió a la Primera Gran Guerra, angustiaron con más intensidad a los pensadores de entonces. La humanidad había llegado a un encrucijada. La gran interrogante llevaba el título de una novela: "Y ahora, ¿qué?"². La

¹*Brave new world* — The Modern Library — Random House — New York, 1958.

²Nos referimos a la novela del alemán Hans Fallada, titulada así: "Y ahora, ¿qué?".

guerra había dejado una monstruosa lección. El Octubre bolchevique prometía un mundo que nadie hasta entonces se había atrevido a ofrecer. Se hablaba de planificar la sociedad en un lenguaje jamás usado por intelectual, sociólogo o político alguno. La ciencia, por último, presentaba soluciones que eran de doble filo. El progreso técnico podía simbolizarse por un amenazante ángel negro.

Mientras tanto, Mr. Huxley se dedicaba a controlar, en el instrumento de su cerebro y de su sensibilidad, las reacciones humanas estimuladas por tales fenómenos. Si leemos sus ensayos anteriores a la aparición de *Brave new world*, podemos constatar cuán alerta estuvo siempre respecto a lo que acontecía a su alrededor. En crónicas periodísticas, más tarde recopiladas en volúmenes, daba la alarma de lo que sería una sociedad donde el trabajador, ocupado sólo cuatro o cinco horas al día, gracias al progreso de la mecanización, no sabría qué hacer con el tiempo restante, ya que no tendría la cultura o la preparación para interesarse en otras cosas. Sociología y ciencia biológica: el escéptico Mr. Huxley se hallaba tan preocupado del mundo como el más ferviente de los políticos. Tras hacerse algunas preguntas que comenzaban con "¿Qué sucedería si...?", decidió experimentar en el papel. ¿Qué sucedería si todas las teorías políticas, de tipo socialista, en ese entonces tan en boga como ahora, se llevaran hasta sus últimas consecuencias? ¿Qué sucedería si el destino de la humanidad se dejara en manos de una casta de sacerdotes-científicos? ¿Qué sucedería si se cumplieran los siniestros augurios de un dieciochesco clérigo llamado Malthus? ¿Qué sucedería si la moral tradicional se aboliera al paso de una nueva moral de tipo pragmático? El corolario de sus interrogantes debía ser expresado en un libro. Y para que el libro entretuviera, además de entregar un mensaje, le dio forma de novela. Así, expondría su imagen del "brave new world" que se estaba vislumbrando, sin aburrir al lector, dosificada en una trama novelesca, con héroes y heroínas, con presentación, desarrollo y desenlace, como ocurre en todas las obras de ficción.

Es el momento de hacer la pregunta: ¿fue una idea feliz ésta de Huxley de darle a su obra forma de novela?

Inútil sería hablar de lo que nos interesa sin hacer una síntesis del libro que tenemos en las manos. Pero, al mismo tiempo, estéril, amén de ineficaz, sería hacer un resumen del argumento. Por lo tanto, resulta más oportuno describir las características del sistema que impera en el "brave new world".

La historia transcurre en Inglaterra en el año 632, de la Era Fordiana. No nos importa a cuántos siglos de la nuestra. Existe una sociedad perfectamente jerarquizada, pero las clases sociales se hallan agrupadas según el modelo de trabajo que desempeñan sus miembros; llevan los nombres de las cinco primeras letras del alfabeto griego. La clase privilegiada —la Alfa— es la de los científicos; los Epsilones realizan el trabajo manual que no requiere inventiva alguna. La población se produce en laboratorios. La Abadía de Westminster sirve de lugar de esparcimiento, un inmenso cabaret donde se baila al son del "five-step" o al ritmo de los blues malthusianos que un grupo de dieciséis cantantes perfectamente a la moda, interpretan, ante un

micrófono; la música, de más está decirlo, es sintética y en las letras de las canciones aparecen referencias científicas. El cine es sensible, lo que logra eliminar las bibliotecas, impidiendo así que los niños se entreguen a la lectura, diversión perversa. En Londres se ha instalado un Crematorio; las cenizas son aprovechadas para abonar la tierra; las cuatro gigantescas chimeneas que Huxley describe son una siniestra anticipación de lo que en una década más tarde vería Europa en algunos puntos memorables de su territorio. Dios ha muerto, pero ocupa su lugar un Ser Superior, al que se adora de un modo tan primitivo como el que emplearía un hotentote. La gente ya no exclama "¡Por Dios!", sino "¡Oh, Ford!". Se ha inventado una droga con nombre sánscrito, el "soma", que sirve para establecer un equilibrio tanto en organismo como en el espíritu del ciudadano; si está demasiado alegre o demasiado triste, el poderoso "soma", al que también se le rinde un homenaje casi religioso, devolverá al paciente a su justo medio espiritual u orgánico. También sirve para neutralizar las necesidades fisiológicas proscritas por las leyes del Estado Mundial.

Pero lejos, al otro lado del Atlántico, en un territorio que correspondería al de Nueva México actual, hay un reducto de indios de la tribu de los Pueblos, que ha sido incorporado a la vida civilizada. En ese lugar, al contrario de lo que hemos visto en el Londres "utópico", existen lacras que se llaman dioses, suciedad, vejez y enfermedades. Aquí vive un joven mestizo, hijo de indígena y de una mujer perteneciente a la clase de los Beta. Lo bautizaron con el apelativo de "Mr. Salvaje", cuando es llevado a Inglaterra. Mr. Salvaje tiene la virtud de saber de memoria las obras de un autor, que junto a otros, había sido borrado para siempre de la lista de los que se permitían leer. Los pensamientos de Shakespeare, que Mr. Salvaje sabe citar sin cometer errores, servirán para marcar un contraste entre el espíritu de una época humanista y la presente. Aparte del admirado George Bernard Shaw, los demás autores son nombres sin sentido para el miembro común de la Era Fordiana, instruido para despreciar las obras de arte y los placeres del espíritu. Mr. Salvaje llegará a Inglaterra y conocerá la organización que desde allí se distribuye a todos los rincones del mundo. Al final terminará por recluírse en un faro abandonado, donde se ahorca, empujado por sus descubrimientos, después de que su actitud de buscar la soledad se haya convertido en burla popular y su refugio en centro turístico del país.

La descripción de esta civilización futura, descripción que encontramos diluida en el *fluir* de la narración novelesca, compone el aspecto interesante del libro. Aquí Huxley trabaja con maestría, en un terreno y con materiales que le son familiares y que él domina, debido a su espíritu de investigación científica. Así, las páginas del primer capítulo, donde se nos muestra el funcionamiento de los asépticos laboratorios creadores de seres humanos, según el proceso Bokanovsky, tienen el poder de maravillarnos y asquearnos a un tiempo. Igual cosa puede decirse de la descripción de las salas-cunas donde los niños son instruidos por medio de altoparlantes, que velan por sus sueños mientras transmiten los reglamentos del Estado Mundial. También producen efecto las páginas destinadas a enseñarnos la aplicación del sistema

neopavloviano para hacer desaparecer, por medio del reflejo condicionado, toda imperfección en el "individuo": gusto por los libros, por las flores, por los cuadros o el anticivilizado miedo a la muerte. En este plano, Huxley nos convence plenamente. Su capacidad de especulación científica es perfecta, no así su imaginación novelesca. Aunque la trama se consideraría bien llevada en una novela corriente, el "brave new world" mental de sus personajes no nos parece logrado. Sin duda, fue una decisión hábil de parte suya el haber comenzado su libro con la descripción de los laboratorios para la inseminación artificial. Ello nos introduce de frente en un mundo que no es el nuestro. Lo mismo sucede en el capítulo siguiente, dedicado a mostrarnos las "salas de acondicionamiento pavloviano". En el capítulo tercero el autor desarrolla un magnífico contrapunto de diálogos. Las altas reflexiones del Inspector Mundial Mustafá Mond, que instruye a sus subordinados, se hallan complementadas por la conversación entre dos personajes femeninos que hablan del amor y sus derivados. En el plano de las ideas, el arte de Huxley es irreprochable; se siente en su elemento natural y lo demuestra ampliamente. Pero en el novelesco advertimos debilidad. Paralelamente a los pensamientos de Mustafá Mond o a los de otros personajes, estamos viendo sus reacciones humanas, como habitantes de un mundo imaginario. Entonces es cuando nos encontramos con personajes como Lenina Crowne, Bernard Marx, Henry Foster o Helmholtz Watson, que nos parecen seres del siglo xx disfrazados de "fordianos". Nos dan la impresión de que algunos personajes de "Point Counterpoint", "Eyeless in Gaza" o "Antic-Hay", hubiesen sido instalados siglos más adelante en una sociedad "utópica". Las conversaciones, aunque diferentes en contenido, conservan el mismo tono empleado por un Philip Quarles, un Mercaptan, una Lucy Tantamount o un Denis Stone. Lo que en éstos nos resulta agradable y natural, en aquéllos nos parece forzado y artificioso. En el fondo, Huxley no ha podido desligarse por completo de esos personajes extraídos del medio ambiente artístico-literario de la primera postguerra. Aun cuando los entes de *Brave new world* bailen "five-stop", creemos verlos siguiendo el ritmo del "charleston" o del "fox-trot".

Aquí radica la debilidad del libro. Tal vez idéntica visión del mundo del futuro, pero descrito en forma de ensayo, habría eliminado esos defectos. En ese sentido, aunque se trate de una obra de inferior calidad imaginativa, ya que su autor sólo tuvo que distorsionar la situación creada por dictaduras de izquierda y derecha entronizadas en pleno siglo xx, "Mil novecientos ochenta y cuatro", de George Orwell, supera al libro de Huxley como creación novelesca. Sus personajes se manifiestan más vivos y más acorde a un mundo en el que han desaparecido las características propias del nuestro. Lo mismo cabe decir de "Fahrenheit 451", del norteamericano Ray Bradbury.

Han transcurrido treinta años desde la aparición de *Brave new world*, pero, sin duda, es un libro que cobra vigencia ante cada crisis, ante cada descubrimiento científico bélico que de uno y otro lado se hace para preservar la paz de los terceros. Es un libro que se seguirá leyendo, a pesar de que el omnipotente Inspector Mundial, Mustafá Mond, nos parezca más

bien un implacable policía de novela que una de las diez autoridades máximas del mundo, y aunque sus pensamientos sean infinitamente más agudos que los que pudiera tener un inspector de policía. Se seguirá leyendo a pesar de que Lenina Crowne se nos aparezca como una "muñeca" de la época del "jazz", y sus amores "somatizados" con Bernard Marx nos resulten propios de ingleses puritanos del año 1932 de la Era de Cristo. *Brave new world* presenta el defecto corriente de toda visión de una sociedad venidera: un autor es capaz de vislumbrar sus contornos generales, pero nunca sabrá en qué medida va a cambiar la mentalidad del miembro que la compone.

Carlos Morand

La Misión Yrarrázaval en Roma, de CARLOS OVIEDO CAVADA.
Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile.
Santiago, 1962

Tal es el título de la valiosa obra escrita por el P. Carlos Oviedo Cavada y recientemente editada por el Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile.

En ella se estudia con acopio de documentos y con notable ecuanimidad de juicio, la misión diplomática que ante la Santa Sede desempeñó don Ramón Luis Yrarrázaval en el período que va de 1847 a 1850. Lo que al respecto habían escrito nuestros historiadores clásicos aparece ahora muy incompleto. No tuvieron ellos la fortuna de poder consultar los archivos vaticanos.

Al iniciar el Presidente Bulnes su segundo período, ocupaba los Ministerios del Interior y de Relaciones Exteriores el señor Ramón Luis Yrarrázaval. Al aceptar el nuevo cargo que se le ofrecía —el de Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario ante la Santa Sede—, hubo de renunciar a su actividad política para preparar las bases de un Concordato tal como deseaba el Gobierno de Chile. Las razones de un cambio tan considerable se discuten aún ahora: para algunos el retiro de Yrarrázaval fue una maniobra de don Manuel Montt, que deseaba alejar a un rival temible; para otros, el sincero deseo que tuvo de tomar un reposo y de rehacer su posición económica gravemente quebrantada. Lo cierto es que la Misión fue bien rentada y mirada con mucho favor por el Gobierno de ese tiempo. Se quería lograr un completo acuerdo en las materias que llamaremos de nombramientos eclesiásticos y que no habían encontrado ajustada solución desde los tiempos de la Independencia.

El señor Yrarrázaval procedió con calma. Su decreto de nombramiento es de 14 de abril de 1845 y sólo se embarcó en Valparaíso en enero de 1846 para llegar a Burdeos en abril de ese año. Larga demora lo detuvo en París esperando unas nuevas credenciales. Es así como pudo presentarlas recién un año después, el 22 de junio de 1847.

La ceremonia fue solemnisísima y grata. Acababa de subir al solio Pontificio Pío IX y tuvo particular satisfacción al recibir al enviado chileno. Conservaba de nuestro país un recuerdo amable, a pesar del fracaso que tuvo la